

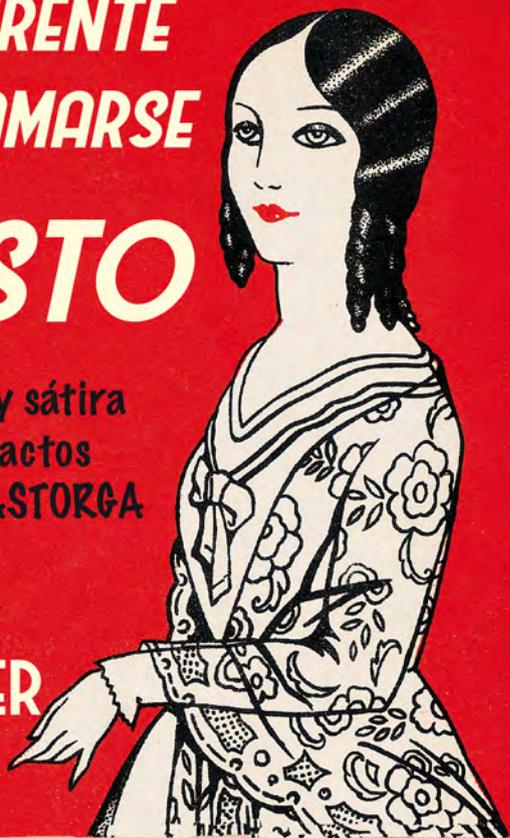
FRANCISCO SOSA WAGNER

*Es indiferente llamarse Ernesto*

**ES INDIFERENTE  
LLAMARSE  
ERNESTO**

Misterio y sátira  
en tres actos  
con LOLA ASTORGA

MÚSICA DE  
F. S. WAGNER





Es indiferente llamarse Ernesto

COLECCIÓN  
LITERADURA

Francisco Sosa Wagner

Es indiferente llamarse Ernesto

Prólogo de Emilio Alarcos Llorach



Primera edición: octubre de 2017

© Francisco Sosa Wagner, 2017

© del prólogo: herederos de Emilio Alarcos Llorach, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017  
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)  
[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-947129-6-8

Dep. Legal: M-28568-2017

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Una zarzuela de Wagner*

Producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Es indiferente llamarse Ernesto



## UNA SEGUNDA VIDA PARA ERNESTO

UN CUARTO DE SIGLO hace que se publicó esta novela mía que hoy vuelve a nacer gracias a la generosidad de la editorial Funambulista. Pero, como las personas jurídicas son entes de razón (y a veces —lo que no es el caso— de sinrazón), preciso es decir, concretando, que gracias a un señor llamado Max Lacruz, aparentemente un ser de carne y huesos, pero, en puridad, una hucha que atesora una invencible pasión literaria. Y, anudada a ella, una generosidad sin orillas.

Volver a nacer no es poca cosa. Es el sueño de todos los embelecados de la eterna juventud y de las trampas que intentamos poner al Tiempo, ese ejército invencible pues que no hay victoria que se le escape. Y, sin embargo, el hecho de reeditar una novela es una pequeña burla a ese enemigo de la medida que es el discurrir atolondrado y atropellado de primaveras y desgracias.

Convengamos en que ya el hecho de tomar en nuestras manos un libro del anaquel de una librería de viejo tiene algo de prodigioso puesto que, en ese momento, se obra el milagro de la sanación de la obra olvidada, escorbútica y tan desvencijada y desesperanzada como lo está la mirada acabada del viejo poeta que la parió.

Pero renacer del todo en el paritorio de una nueva editorial, con los pómulos sonrosados, el corazón y demás órganos en estado de revista, con el vigor intacto y ansioso por desplegar sus alas gráciles y adornadas por una santa inocencia, todo ello pertenece sencillamente al mundo de lo sobrenatural. Algo que a mí, como autor, me sabe a iniciar un viaje auroral de fortuna y esperanza.

Desde aquellos años noventa del siglo pasado hasta hoy han cambiado muchas cosas, pero no desgraciadamente las que están entre las costuras de este relato mío: los pliegues y repliegues del alma humana, las ambiciones, las fantasías y las frustraciones sexuales, las esperanzas y las desconfianzas, las amistades y sus venenos y, sobre todo, la hipocresía que, recordemos con Quevedo, «es calle que empieza con el mundo y se acabará con él y no hay nadie casi que no tenga sino una casa, un cuarto o un aposento en ella. Unos son vecinos y otros paseantes: que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son».

Un buen día me encontré con que la tertulia literaria que dirigía en Valladolid Miguel Delibes dio a mi *Ernesto* el premio que lleva su nombre. Recuerdo la ceremonia de entrega en la primavera de 1992 bajo su presidencia y la de destacados intelectuales de la ciudad, entre ellos el gran y variado poeta Paco Pino y el catedrático Rubio Sacristán, que había enseñado Historia del Derecho en la universidad, un personaje de primera fila, amigo personal de García Lorca: nada menos que el famosísimo poema «Muerte de Antoñito el Camborio» del *Romancero gitano* está a él dedicado. Y, por supuesto, la presencia siempre cariñosa de Emilio Alarcos, una de las personas más inteligentes, divertidas e indulgentes que he conocido. De manera que fue una jornada aquella inolvidable y llevo con gran orgullo un premio al que no aspiré y, por tanto, vino como llovido del cielo, de una lluvia fina, de mayo gozoso, de esas que son avivadoras de cosechas fecundas.

Ahí queda esta obra, hija de la pasión por la escritura y nieta de la observación irónica —y humorada— de la vida. En todo caso, pariente de la burla comedida a la pompa y a su circunstancia.

FRANCISCO SOSA WAGNER  
Carbajal de la Legua, verano de 2017



Es indiferente llamarse Ernesto



## I. INTRODUCCIÓN

(Que debería estar al final)

—¿CÓMO ES POSIBLE QUE ALGUIEN se suicide en estos tiempos con la despensa llena?

—No fantasees. Esto es una muerte normal. Veremos lo que dice el forense.

—Esta tía se ha suicidado. ¡Una corista suicida! ¡Qué vulgaridad! ¿Es posible que sea esto todo lo que se le ha ocurrido?

El entierro fue la reconstrucción postrera de aquellos cabarets y variedades, cuyas lentejuelas solo brillaban ya en armarios y desvanes. Se arracimaba gente de garnacha: figurantes, cómicos, algún galancete averiado por el reuma, bailarines, histriones, coristas avellanadas. El frío era

traicionero, de primavera y sacaba colorines a las pieles sensibles.

—¡Pobre Lolita!

—¡La Recia, Lolita, la Recia! ¡Vaya si lo era!

—¿Será posible que se haya suicidado?

—No lo creo. Para mí, que estaba enferma.

—Estaba retirada hace mucho tiempo.

—Yo hacía años que no la veía.

—Estaba metida en negocios.

—¿En negocios? ¿Qué negocios?

—¿Tenía hijos?

—No lo sé.

—Sí, sí, una hija. Y bien guapa. ¿Cómo no habrá venido?

—¡Cuánto tiempo sin verte!

—¡Años, hija, años!

—Pero ¡si estás como siempre!

—Una ruina, eso es lo que estoy hecha, una ruina.

—¿Sabéis que murió Manolo, el sevillano?

—En Écija, el mes pasado. De repente.

—Tenemos que vernos, hacer una reunión, una comida o algo así.

—Eso. Una comida. A mí esto de los cementerios no me gusta ni una miajilla...

—Toma, ni a mí.

—¿Qué edad tenía Lolita?

—Estaba por los sesenta y tantos.

—Sesenta y tres. Éramos de la misma edad.

—¿Conocéis a aquel?

—No. ¿Y vosotros?

—No, yo no.

—No.

—Nunca lo he visto.

—Será algún antiguo novio de Lolita, averiado como todos nosotros. ¡Vaya fidelidad!

—¡Menuda letra para un tango!

En un rincón rezaba, bisbisando, un hombre solo: vestía pulcramente y seguía, cariparejo, la ceremonia. Una lágrima se paseó por su rostro caduco. Estaba muy quieto, pero la brisa le levantaba algunos pelos.

El sacristán, que tenía un diente enfundado en oro y gastaba gafas de miope, siseó. Fue el latín del cura, que sonaba a zureo de paloma, la última melodía que acompañó el cuerpo encarcavinado de Lolita, la Recia.



## II. TEXTO

(Que está donde debe estar)

### 1

VESTIDA A LA ELEGANTE y moderna moda avispa y llevada al lienzo por don Federico de Madrazo, la señora dejaba ver a las claras que había sido una gran señora, cuyo bullarengue se había debido de mover muy cerquita del general O'Donnell, y también que había caracoleado, moderadamente sudada, en fiestas y saraos: el brazo derecho en jarras, la mirada burlesca y la boquita semiabierta son los dardos de su provocación imperecedera, y las flores en el pelo, el laurel de su venustez. Ostenta la presidencia del despacho.

Muy cerca, una tabla donde la Virgen, llorosa, sostiene a su hijo, agarrotado el cuerpo sin vida. Un soldado, con lanza y con mirada lela, contempla la escena.

Sobre el fondo de un edificio en ruinas en el que los matorrales se asoman por las ventanas con la naturalidad de curiosas damiselas, padece una vacada guardada por pastores que enarbolan sus garrochas sobre los rucios, en cuyas patas se enredan, buscando refugio, unos perros jadeantes.

En el otro extremo, están agrupadas litografías de temas cubanos: el puerto de La Habana, la Alameda de Paula y la plaza de Armas; junto a ellas, un cuadro donde un calesero corteja a una opulenta cocinera, cuya cara, complacida, delata el buen camino que lleva el galanteo.

Sobre la mesa de caoba de clavo, fajos de papeles y unas carpetas; la sillería, tapizada en damasco de color verde; un bargueño de los llamados frailunos y, sobre una mesa-consola, un historiado reloj francés de bronce dorado. Junto a él, una foto en la que don Ernesto, en su condición de sonriente y servicial candongo, estrecha la mano del mismísimo Caudillo, sacabuche, culón y mandón. Años antes y por ese mismo rincón, habían desfilado otros arcontes como don Antonio Maura, con su barbita de joyero solícito, y el general Primo de Rivera, panzudo, vacuo y prostático jaranero.

El borlón de pasamanería para llamar al servicio, que hay junto a la puerta, fue, en tiempos, artístico y esplendoroso, pero ahora, medio deshilachado y triste, parece el rabo de una vaca, probablemente de una de las vacas de la escena cercana.

Don Ernesto, que estaba de pie, abrió el cajón y, del interior de la cajita de Satsuma, extrajo el espejo, se miró en él y se atusó las cejas porque sabía que algunas de ellas se le disparaban hacia arriba como dardos imantados. Introdujo la mano derecha en el bolsillo del pantalón y se hurgó en los testículos para desapegarlos, adheridos como estaban por el efecto confluyente del mator y del sudor. Con los años, la humedad y la sudoración del cuerpo decrecen, por lo que esa operación, perfectamente justificada antaño, era puro ademán hogaña. Ademán tan reiterado en don Ernesto que en su entorno se lo calificaba abiertamente de tic.

El mayordomo anunció la llegada de Samuel, el de Santa Eulalia, de espinazo elástico por tanta sumisión y acatamiento. Su corazón, un nido de víboras. De natural achulado, pero reverencioso en la ocasión ante la presencia de don Ernesto, se sentó en el borde de una silla: olía a tabaco, a cuerpo no lavado.

—Mucho retraso, ¿qué ha pasado?

—El tren se quedó parado una hora en Valladolid, don Ernesto.

A don Ernesto, mientras se ajustaba los puños impolutos de su camisa y los gemelos de oro, le cruzó por la cabeza la pregunta de por qué huelen tan espeso los hombres de pueblo.

Inició, sin embargo, el negocio.

—Después de lo de mi hermano, del daño que le han hecho, que nos han hecho y no solo por el dinero, comprenderás que no me voy a quedar con los brazos cruzados. Este desafío, esta chulería merece una respuesta. Aunque el asunto es extremadamente delicado, como puedes imaginar, quiero decirte que tengo plena confianza en ti. Le he dado a todo muchas vueltas y, al final, tomada la decisión, creo que eres la persona. Una acción tan grave no se puede repetir. Y, si no se actúa, se repetirá. Ayer fue mi hermano, mañana seré yo o alguno de los míos.

—Muy honrado, don Ernesto, estoy para lo que guste mandar. Ya sabe usted, todo esto no es cosa de días. Hace falta tiempo y echarle cojones al asunto, usted perdone, don Ernesto. Después de lo de su hermano, ha habido varios asaltos: el último a Dominador, Dominador Sánchez, el de Señas. Buscaban armas, creían que tenía rifles y pistolas. El pobre, si incluso tenía fama de maricón, se acordará usted. Nada sacaron, pero le destrozaron todo. No dio parte hasta varias horas después porque lloraba sin parar. Llorando lo encontró el chico de Muriel, Nacho. —Continuó—: Y en la mina, ¿para qué le voy a contar? La semana pasada otra vez, como sabrá usted, mano sobre mano; los obreros tenían miedo. Habían amenazado con volarla si entraba alguien. Es lo que yo digo, don Ernesto, si no se saca el mineral, ¿de qué vamos a vivir?

—De la mierda, Samuel, de la mierda, que es lo que comen los cobardes. Y el imbécil del Patillas... ¿qué hace? Ese tío ¿qué cree, que el uniforme es para pasearlo en el baile?, ¿no sabe para qué coño está ahí puesto?

Samuel dio una vuelta enérgica y nerviosa a la boina; miró de reojo las formas de la señora. Se acomodó, confidencial:

—Y lo peor no es eso. Lo peor es que siguen reclutando gente. Se ha marchado el hijo de la Joaquina, la Pecas, aunque ella dice que está en Barcelona. Ese cabrón que no hizo la guerra, ese cabrón, ahora, a la vejez, viruelas, como digo yo. ¡Y estaba tísico!, según su madre.

—Con esa pandilla acaba Ernesto Finolleda Valle.

Se levantó, se dirigió al bargueño y, de una de sus gavetas, extrajo la caja. La abrió con una llave minúscula y la exhibió ante los ojos legañosos de Samuel, que cobraron súbitamente vida.

—Aquí hay cien de los grandes: los sesos del Cuevas metidos en una caja de zapatos se los envías al inútil del Patillas. ¡A ver si aprende! —Y terminó, en un puro bramido, don Ernesto, mientras devolvía la caja a la gaveta—: ¡Y el ministro me dijo que era un tío con los cojones bien puestos! ¡Te digo yo que no hemos adelantado nada!

Don Ernesto permaneció de pie. Hacía saber así que el negocio había concluido. Así lo entendió Samuel, que se

enorgullecía de sellar un pacto con el patrón, el patrón lejano, temido y mítico. Saber que el patrón lejano, temido y mítico tiene confianza en uno alegre, ¡qué caramba! La cosa no era para contarla, pero, por dentro, Samuel, el de Santa Eulalia, con sus ojos ovejunos, no cabía de gozo por tener negocios directos con don Ernesto, por estar donde estaba, en el mihrab (o sanctasanctórum, según desde qué civilización se mire) de la poderosa familia y por el encargo: ¡ahí es nada, estar autorizado, ¿cómo autorizado?, tener la orden de mandar al otro barrio al Cuevas! Del asunto no se podía hablar. De momento, claro. Pero ¿quién iba a privar en el futuro a Samuel del placer de contarle a sus nietos?

Cuando salió a la calle, hacía frío, pero le abrigó la dulce perspectiva de liberar la sierra del cabrón del Cuevas, que acababa de trincar un millón por el rescate de don Florencio, el hermano de don Ernesto, déspota y medio loco pero un caballero.

A la señora que pintó Madrazo, a la santísima Virgen, al calesero y a la mulata les envolvió el pegajoso vaho de la justicia distributiva que impartía, desde su umbroso despacho, el poderoso prepósito don Ernesto Finolleda Valle.